

La (tan devaluada) vida eterna

Ignacio Solares

A partir del surgimiento de los estados seculares, la religión y la política mantienen una continua tensión donde a menudo el credo se confunde con la vida social. La lectura de La vida eterna, de Fernando Savater, presentado recientemente en México, permite a Ignacio Solares reflexionar en torno a las complejas relaciones entre la filosofía, la política y la religión.

Para Vicente Leñero, que sabe de esto.

En tiempos remotos, el cristianismo tuvo la exclusividad en dos funciones esenciales: cambiar el tiempo y cambiar al hombre. Esta vida es pasajera, un mero tránsito hacia la eternidad. Para los indios mexicanos, por ejemplo, la Conquista, fue un cambio de calendarios; en realidad (Realidad) fue un cambio de dioses. En la antigua China y entre los babilonios aparece la misma idea: el modelo del tiempo es el movimiento de los cuerpos celestes (lo que, según Jung, será la fuente de los horóscopos).

Por otra parte, el bautismo, la fe, el cumplimiento de nuestros deberes religiosos, nos transforman, nos salva n del pecado original y del Mal. Gracias a la fe somos “otros”.

En el mundo moderno, sin embargo, la revolución desplazó a la religión. Según Marx, la misión del filósofo no consiste tanto en interpretar al mundo sino en modificarlo. Difícilmente se repondrá la humanidad de una frase tan certera y lapidaria como: “La religión es el opio de los pueblos”.

Como bien señala Octavio Paz: “Ese cambio entraña la adopción de un nuevo *arquetipo temporal*: cambio de la eternidad cristiana por el *devenir histórico*”.

Así, los cambios en el mundo se vuelven más bien cambios aquí y ahora, en el “trasmundo” más que en el “otro” mundo.

Las revueltas, los motines, las abdicaciones, el advenimiento de nuevas dinastías, las convulsiones sociales, las mutaciones del régimen de propiedad, los inventos, los descubrimientos, las conquistas, las guerras —todo ese enorme clamor ensordecedor de la historia y sus vicisitudes incesantes— no entrañan ya alteración del calendario y de la cuenta de los años. Al contrario, lo fijan, lo marcan con fechas clave.

La crítica de la religión a finales del siglo diecinueve y, muy especialmente durante todo el siglo pasado, abarcó el cielo y la tierra. Crítica del cristianismo como verdad re velada y como institución humana. Se minó el edificio

conceptual de la teología y se combatieron las pretensiones a la hegemonía de la Iglesia. Nietzsche mató a Dios como persona y abrió el camino a Dios como concepto, utilizado no sólo por la ciencia sino por la literatura existencialista y por la moda de los años sesenta de las filosofías orientales.

El advenimiento del hombre y el advenimiento de Dios se implicaron mutuamente, de una forma inseparable. Ni el hombre puede cumplir su destino sin conocerse como miembro de los atributos del Ser Supremo, ni ese Ser puede manifestarse y desarrollarse sin la activa cooperación del hombre. A su vez, Martin Heidegger interpreta nuestro tiempo como el de la realización de la metafísica, donde espíritu y materia intercambian sus entes.

A Dios se le cayeron las barbas y su rostro empezó a desvanecerse en las nieblas de la duda (Duda). Se destruyó la imagen, no la idea de Dios.

Como cuenta —no exento de asombro— Fernando Savater en *La vida eterna*: “En 1916, a comienzos del siglo más pródigo en descubrimientos que ha conocido la humanidad, se hizo una encuesta entre los más destacados científicos del mundo, centrada en la pregunta: ‘¿Cree usted en Dios?’. Aproximadamente el 40 por ciento respondió afirmativamente. Pero en 1996, dos profesores americanos —el historiador Edward Larson, de la Universidad de Georgia, y Larry Williams, de la Universidad de Maryland— repitieron el sondeo, prolongando la encuesta a lo largo de todo un año. El resultado fue el mismo: 40 por ciento de creyentes, 45 por ciento de ateos y un 15 por ciento de agnósticos: el equivalente al ‘no sabe, no contesta’. De modo que a finales del gran siglo de la ciencia contemporánea, los propios científicos siguen siendo más o menos tan creyentes como ochenta años antes y miles de descubrimientos cruciales antes”. El filósofo francés Louis Althusser, en un brillante ensayo llamaba a esto “la filosofía espontánea de los científicos”.

Savater no lo comenta, pero además de su sorpresa —en tanto ateo— la explicación psicológica podría ser más sencilla de lo que parece a primera vista. Ante la ventaja racional y emocional de la muerte de un supuesto, complicado y confuso Dios personal, y ya ante el espectáculo abrumador y deslumbrante del Universo, los científicos se entusiasmaron (palabra derivada de *Tebós, Dios dentro*). ¿Dónde estoy? Creyeron descubrir en sus movimientos y vicisitudes un Orden Secreto, una inspiración escondida y que no podía ser —qué remedio— sino Divina. El Universo estaba movido por un designio racional, es cierto, pero que era igualmente inextricable. Dios es invisible —carece de rostro—, pero no sus obras, ni la intención que anima a esas obras. Nos *llevay con-lleva* con ellas.



Fernando Savater, 2007

A principios del siglo pasado, un creyente declarado como Max Scheler, podía escribir en *El puesto del hombre en el Cosmos*:

Se me dirá —y se me ha dicho, en efecto— que no le es posible al hombre soportar la idea de un Dios imperfecto, un Dios que *se está haciendo*. Respondo que la metafísica no es una institución de seguros para hombres débiles y necesitados de apoyo. Todo lo contrario. La metafísica supone en el hombre un espíritu enérgico, valiente y elevado. Así, se comprende que sólo en el curso de su evolución, y con el creciente conocimiento de sí mismo, llegue el hombre a tener conciencia de ser parte de *la lucha* por la Divinidad, y coautor de ésta. La necesidad de encontrar salvación y amparo en un rostro y una omnipotencia extrahumana, debería haber roto los diques de la minoría de edad.

O sea, a partir del siglo pasado —y con la contribución de la ciencia y de la filosofía— ya deberíamos de ser mayores de edad, en cuanto a nuestras dudas metafísicas.

Y en esto se centra el libro de Savater —por lo demás, una brillante y exhaustiva historia de Dios en el mundo de los hombres, podríamos llamarla—: la fundada sorpresa del autor ante los que aún creen, así con mayúsculas, no sólo en un Dios personal sino en un Dios cualquiera. Fundada por todo lo que implica de inmadurez. Pubescente, *teen ager*, mozo, efebo, imberbe, joven. Conforme más adultos más racionales y más ateos. ¿Será?

“Si algo debería de combatirse implacablemente por medio de la educación no es tanto la fe sino la credulidad”, nos dice. Con lo cual Savater se coloca en un terreno tan peligroso y minado como el que él mismo critica.

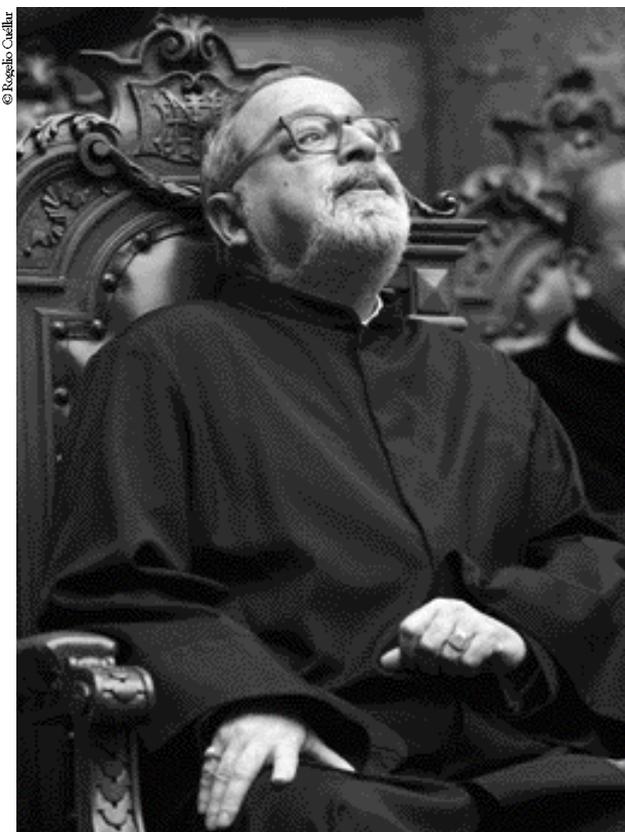
A Dios se le cayeron las barbas y su rostro empezó a desvanecerse en las nieblas de la duda.

Pero el libro es valiente y claro—una de las mayores virtudes del filósofo español— y no se esconde tras argumentos ambivalentes, hipócritas o retóricos.

En un capítulo que, además, se titula “Elogio de los incrédulos”, cuenta:

Soy demasiado orgullosamente demócrata para apreciar a ningún Déspota Sobrenatural, cuyas bondades nadie podría discutir. De modo que sentí verdadero alivio y compañía al leer este párrafo del siempre honrado Thomas Ángel sobre lo que él denomina el auténtico “miedo a la religión”, no en sus evidentes efectos perversos en este mundo, sino como visión explicativa del Universo. Dice así: “Hablo desde la experiencia, ya que yo mismo padezco fuertemente este temor (a la religión). Quiero que el ateísmo sea verdadero y me incomoda que algunas de las personas más inteligentes y bien informadas que conozco sean creyentes religiosos. No es sólo que no crea en Dios y que, naturalmente, espere estar en lo correcto en mi creencia. ¡Es que ansío que no exista ningún Dios! No quiero que exista un Dios: no quiero que el Universo sea así”.

Postura que empalma, curiosamente, con la de un cuento—muy español, y que le encantaba a Buñuel— sobre un tipo ateo al que le preguntan sobre su posible sorpresa al descubrir, ya muerto, que sí existía Dios.



Fernando Savater, 2007

Contesta con un dejo de indiferencia: “¡Qué joda, pero con volverle la cara y no hablarle, le haría saber lo que pienso de Él!”.

Hay otro párrafo del libro en que es aún más explícita esta postura y que, además, subraya el racionalismo—en un sentido peyorativo, no tiene remedio—, del autor.

En el mundo plenamente desacralizado de la tecnociencia, lo sagrado en cualquiera de sus formas queda relegado al casposo e infecundo escenario del Vaticano, el vudú, las proclamas especialmente sanguinarias de Mahoma y fórmulas semejantes de la nigromancia. Lo malo es que tan degradante afiliación nos obliga a los racionalistas, no ya a desconocer lo Sagrado ahora, sino que también nos imposibilita para reconocerlo nunca jamás.

O sea, hace tabla rasa con todo cuanto suene a Sagrado. Él mismo lo asegura en tanto racionalista. El problema es que se involucra con una palabra muy complicada, que nos lleva a otras voces y otros ámbitos. Por ejemplo el de la poesía, tema que casi, por supuesto, no toca Savater en su libro.

Porque—qué complicado para un filósofo racionalista reconocerlo— la tarea del poeta es a fin de cuentas alcanzar ese encuentro con “el otro”, con lo “Otro”, comunión con lo Sagrado en la que esas sombras se entreveran como volutas de humo en lo alto. Algo que, allá arriba, sería la cima del poema, de la trascendencia compartida, más allá de lo racional. ¿Por qué no? ¿Hay trascendencia si no es compartida? La mejor forma del misterio no se escribe con mayúsculas—como lo hemos hecho en tantas ocasiones en esta nota— sino que por lo general está *entre*, intersticialmente, escondida entre las líneas del poema. Es lo que nos dice el texto hindú, el *Bhairava*:

En el momento en que se perciben dos cosas contradictorias, tomando conciencia del intervalo entre ellas, hay que ahincarse en ese intervalo. Si se eliminan simultáneamente las dos cosas contradictorias, entonces, en ese intervalo resplandece lo Sagrado.

Texto que, seguramente, Savater ubicaría dentro del “casposo e infecundo” mundo de lo irracional. Pero no importa. Hay que echar un poco marcha atrás y recordar cómo la vertiginosa evolución de la ciencia y la tecnología que hoy vemos—y padecemos— ha implicado sin remedio una lucha frontal, precisamente, contra todo lo que suene, no sólo a irracional y sagrado, sino a

la magia misma. Cuidado con la magia. Gutierre Tibón decía que en un mundo sin fe, la magia iba a suplir las necesidades innatas por lo sobrenatural.

Quedan restos de la batalla como la que libran todavía el médico y el curandero en algunas regiones no muy civilizadas, pero es evidente que el hombre ha renunciado de manera casi total a una concepción mágica (irracional) del mundo con fines de dominio y conquista de la naturaleza. También nos quedan, como dice Savater, el vudú, las oscuras fórmulas de la nigromancia, los ritos esotéricos caribeños, los horóscopos, pero la verdad es que la elección entre la bola de cristal y el doctorado en psicología, entre el pase magnético y la inyección de penicilina, está definitivamente hecha.

Ah, pero he aquí que mientras a principios del siglo pasado se libraba el cruento combate entre el mago, el filósofo y el científico, un cuarto protagonista llamado poeta continuaba sin oposición alguna una tarea extrañamente análoga a la actividad mágica primitiva y que entroncaba curiosamente con lo Sagrado. Su diferencia con el mago —cosa que lo salvó de la extinción— era su aparente desinterés y desubicación, el andar siempre “en la luna”, en “otro” lado, el proceder por “amor al arte”, por nada, por un puñado de hermosos frutos inofensivos y consoladores: la belleza, la alegría, la conmemoración, la música de las palabras. Como ha dicho Julio Cortázar (que sabía del tema): “el poeta ha continuado y defendido a capa y espada un *sistema de reflexión* análogo al del mago, compartiendo con éste la sospecha de una omnipotencia del pensamiento intuitivo. El *valor sagrado* de una metáfora”.

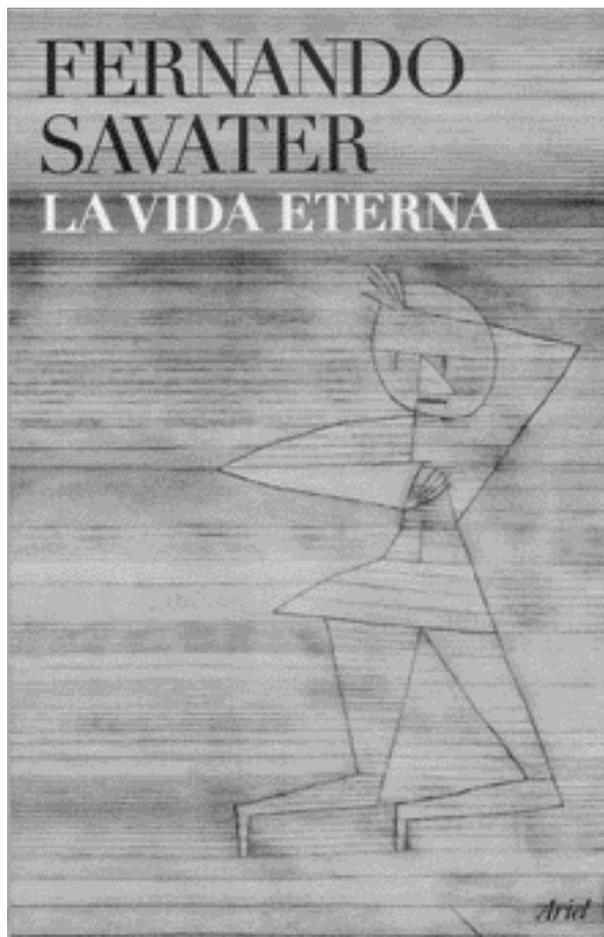
Curioso que el propio Cortázar subrayara el valor sagrado de una metáfora.

¿Y si, de alguna manera, fuera así?

¿Y si también tuviera razón uno de los poetas más caros a Savater —lo cita a cada momento—, como es Antonio Machado, cuando dice que la negación en “algo más allá, en el más allá, es la forma más irracional de pensar”? Y aun agrega: “El ateo es esencialmente egoísta. El hombre que toma como tipo único de evidencia el de su propio existir, inaugura el reino de la Nada, más allá de las fronteras de su pobre yo. Este hombre que no cree en Dios, se cree Dios, lo que viene a ser lo mismo. Tampoco ese hombre egoísta puede creer en su prójimo, en la realidad absoluta de su vecino. Para ambas cosas carece de la visión, de la intuición de lo ‘Otro’, de la ‘Otrredad’, sin la cual, hay que subrayarlo, nunca podrá pasarse del Yo al Tú”.

¿Y si utilizáramos, en efecto, además de las acuciosas y sabias reflexiones de los filósofos, la intuición de los poetas, para acercarnos a la compleja y ambivalente realidad de lo “Otro”?

El propio Savater menciona un poema de D.H. Lawrence —uno de sus últimos poemas—, y que Aldous



Huxley calificó como “uno de los mejores poemas sobre la fe”, y que precisamente se titula: “Fe”:

Por siempre sin nombre.
 Por siempre desconocido.
 Por siempre inconcebido.
 Por siempre irrepresentado.
 Mas por siempre sentido en el alma.

Poema que se emparenta con la mística —el silencio de Dios de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz— y que nos refiere, en un libro tan denso y tan erudito como es *La vida eterna*, a un brevísimo consejo del Meister Eckhart:

“Qué tanto hablas de Dios. Todo lo que digan de Dios es falso”.

Entonces sus discípulos le preguntaron que cómo podían referirse a Dios si cuanto decían de Él era falso. La respuesta del Meister Eckhartes la de un verdadero poeta:

“En metáforas. A Dios sólo puede referirse en metáforas”.

Pero finalmente Savater es fiel a su formación y a su tradición, y a pesar de que al final, como decíamos, no deja de recordarnos al Meister Eckhart, hay que reconocer su libro como un exhaustivo —y quizá doloroso— ejercicio de reflexión sobre un tema que no puede (no podría) tener conclusión. ■